



CAPITULO X.

DE LA SANTÍSIMA EUCARISTIA

ARTÍCULO I

NECESIDAD DE LA COMUNIÓN (1)

En tiempo de la impia Jezabel había un profeta celosísimo de la gloria de Dios. Este celo le proporcionó innumerables enemigos; tales que no pudiendo ya sufrir las repreciones del profeta decretaron darle muerte. Elías, viéndose por todas partes acosado, se salió de la ciudad, andando medio errante por el monte, hasta que un día fatigado física y moralmente se sentó debajo de un enebro, y por el mucho cansancio se quedó dormido. Mas he aquí que un ángel del Señor se le aparece y le dice: *Levántate y come*: y el profeta despertando miró atrás, y vió un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua, y comió y bebió y se tornó á dormir. Nuevamente el Ángel le llamó, diciéndole: (1) *Levántate y come, grandis enim tibi restat via*, pues te queda mucho camino que andar. Obedeciendo el profeta comió; y alentado con la fortaleza de aquel manjar emprendió de nuevo la marcha por cuarenta días hasta el monte de Dios Horeb.

El cristiano, mayormente el que tiene celo por la causa de Dios, es perseguido atrozmente por los enemigos así visibles como invisibles de nuestras almas y de la Iglesia.

(1) Del P. Saeret, Ord. Pred. (2) 3.º Reg., 10.

El Evangelio compara el reino de Dios á un fuerte armado contra el cual se alzan poderosos enemigos; ó á una torre amurallada de la que cuelgan mil escudos; y el reino de Dios, nos dice, padece violencia, y sólo los que se la hacen lo arrebatarán y no será coronado sino el que legítimamente pelear: cosas todas que, si no estuviera además la experiencia, abonarían sobrado estas palabras, tan conocidas, de Job (1); que es una milicia la vida del hombre sobre la tierra. Y si no todos caen vencidos en la lucha, quien mas, quien menos, siente fatigas y desmayos, quedando á sus tiempos adormecido de cansancio y de flaqueza.

Entonces es cuando el Señor, apiadado de nuestra condición, nos envía un ángel, el cual á nombre del Señor nos dice: *Surge et comede: Levántate y come*. Este es el pan subcinericio bajado del cielo para fortaleza de las gentes; ésta la mesa que preparó el Señor contra todos los que nos persiguen. Y alguna vez tanta ha sido la bondad del Señor que no bastando un primer aviso, porque, como el Profeta, por la flaqueza y cansancio del alma, nos quedamos dormidos, segunda vez manda vez el ángel que nos despierte: y ángel es aquí el buen pensamiento, el buen director y otros tales. Les manda, pues, con voz poderosa y á nombre del Señor nos repite: *Surge et comede. Levántate y come*. Levantaos y comed, no para quedaros en la inacción; antes para caminar con mayor esfuerzo por el camino de Dios hacia el monte santo de la perfección. Para el cual, no cuarenta días sino toda la vida hemos de ir andando y avanzando, hasta llegar á la visión de Dios. Para nuestra fortuna es tanto mejor este pan eucarístico que el de Elías, cuanto es mayor la claridad del sol que la sombra.

Creen algunos autores que el pan ofrecido por el Ángel al profeta, era formado por manos angélicas, como lo fué el maná dado en el desierto á los hijos de Israel. Mas aquí

(1) Job., 7, 1.

no por mano de hombre ni de Ángel, sino por obra y gracia del Espíritu Santo está formado este pan celestial al calor del fuego divino, de aquél que tanto amó á los suyos que los amó hasta el fin. Así es que el que comiere de este pan vivirá para siempre; y el pan que les daré, dijo Jesús (1), es carne mía para vida del mundo. Y es mesa, según el profeta David (2), preparada contra todos los que nos persiguen. Acerquémonos, pues, á esta mesa y tomemos de este manjar, y se acabarán nuestros desfallecimientos. No es manjar que da vida, sino que es la misma vida; el Verbo que todo llena en el cual está la vida: el que da aliento al insectillo del aire, y á la avecilla del campo, y al león de la selva y al hombre del mundo y al ángel del cielo; que beatifica con vida sobrenatural y divina á los ángeles y los hombres. ¡Oh desgracia del mundo! En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y las tinieblas no le comprendieron y los suyos no le recibieron. Nosotros, á imitación de Elías, obedecemos al ángel y alimentémonos de esta vida. Cierto que recibiremos alientos divinos tan sobreabundantes que correremos por cuarenta días y por cuarenta años y por toda la vida hasta el monte Horeb; porque el mismo que dijo á sus apóstoles: *Accipite*: Tomad, este es mi cuerpo, el mismo es el que dijo: Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene en sí la vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero. Es decir que el Señor que no permitió la corrupción de su carne en el sepulcro, nos la da en prenda de nuestra resurrección final en la tierra de los vivientes: verdadero Horeb, donde veremos la gloria de Dios.

Rasguemos, pues, estas flacas carnes, disuélvase esta casa de nuestra habitación terrestre, y venga sobre nosotros la virtud de esta carne santísima que mitigue los ardores de la sensualidad; que calme las furias de nuestros enemigos, que lleve la vida divina á todas nuestras potencias; y así rejuvenecidos subamos por el monte san-

(1) Joan, 6. (2) Salm., 22, 6

to hasta que un día, sin misterios ni enigmas, veamos á este Verbo en su gloria.

Y mientras tal día llega, demos gracias al Señor que tal vida y alimento nos dió; que tal esfuerzo y aliento nos comunicó; que tal consuelo y esperanza nos concedió. ¡Oh pan divino! ¡oh alimento soberano! ¡oh carne sacratísima del Hijo de Dios! Ven y cura la lepra de mi alma; ven y preserva mi espíritu; ven y no me desampares, antes, cual el grano nace para la vida quédate en mi alma, y cuando estas carnes vengan en podredumbre brota tú en mí á la resurrección de la vida. *Si quis manducaverit ex hoc pane vivet in aeternum et ego resuscitabo eum in novissimo die.*

ARTICULO II

COMUNIÓN ESPIRITUAL

Puede haber sus dificultades por el tiempo, ocupaciones, enfermedades, temores y otras cosas tales para recibir sacramentalmente la Sagrada Comunión. Mas en la comunión espiritual ninguna de esas cosas estorba. Consistiendo en un simple, pero fervoroso deseo de recibir el Sacramento, viene á ser una expansión de amor á Jesús Sacramentado. Así que cuantas veces quisieres, de día ó de noche, en la calle, en el paseo, en el estudio, en la cátedra, en el despacho, sano ó enfermo, según estuvieres, puedes alzarte con el pensamiento al Dios de amor y derramar delante de él tu corazón, y abrazarte con él, y rogarle que no se aparte nunca de tí. Que aumente tu fe, que avive tu esperanza, que enardezca tu caridad. ¡Y cuánto bien no consiguen las almas por esta manera de comunión con Dios! (1).

Pero téngase presente que debe ser la tal comunión ac-

(1) Sto. Tomás, 3, p. 4. 79, art. dice: «Unde el efficacia virtutis ipsius est. quod etiam ex voto ipsius aliquis gratiam consequatur, per quam spiritualiter vivificetur.»

to espontáneo, salido como la llama del fuego. Siendo como es una manera de ejercitar la presencia de Dios, no debe perjudicar á tal ejercicio. Por lo que, como sucede no pocas veces, si el alma siente mayor espontaneidad en otros actos espirituales, como de acción de gracias, de arrepentimiento de los pecados, de deseos de la gloria del cielo, del temor de los juicios de Dios, y así otras cosas tales, entendemos que es una manera de engaño, por querer llevar el alma precisamente por la comunión espiritual, privarla de las dulzuras de la devoción que el Espíritu Santo le comunicaría según los caminos que corresponden á la multiplicidad y variedad de sus gracias.

En lo demás, todos los santos, aunque por muy variados modos, han sido devotísimos de la comunión espiritual. Que lo digan San Luis Gonzaga, Santo Tomás de Aquino la Beata Imelda, Santa Catalina de Sena, la Beata Águeda de la Cruz, San Alfonso de Ligorio y otros muchos Santos, cuyas almas como águilas santas se reunían en derredor del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Amemos, pues, á Jesús Sacramentado y frecuentemente hagamos con fervor la comunión espiritual.

ARTÍCULO III

LA SANTA COMUNION ES MEDIO PRINCIPALÍSIMO PARA CONSEGUIR LA PERFECCIÓN CRISTIANA

Es indudable, dijo el P. Mach (1), que de todos los medios que tiene la Iglesia para la santificación de los fieles, ninguno es más compendioso y eficaz, ninguno deshace más las ardidés del demonio, como el recibir á menudo y con fervor la sagrada Eucaristía. Aquí tiene el ignorante, maestro que le enseñe; el enfermo, médico que le cure; el desamparado y perseguido, padrino y abogado que le defienda. Este es Pan angélico, que hace castas y vírgenes; maná sabroso, que alimenta, bálsamo, que suaviza y es

(1) Tes. del Sacerdote, pág. 1031, ult. ed.

fuerza fecunda de toda gracia y santidad. Una sola confesión y Comunión bien hechas bastan para santificar un alma.

El angélico Doctor, Sto. Tomás de Aquino, enseña que el sacramento del bautismo es el principio de la vida espiritual y que los otros sacramentos son una continuación de esta vida de espíritu y santidad, siendo enderezados todos ellos á preparar el alma y disponerla con su peculiar gracia sacramental á recibir la Santísima Eucaristía, en la cual se consuma y ultima la perfección del cristiano (1). Luego, el uso de la Sta. Eucaristía es un medio principalísimo para la perfección espiritual de nuestras almas.

Además, nuestra perfección sustancial consiste en unirnos á nuestro último fin, porque, así como una montaña entonces está en su perfección y vida de equilibrio, cuando se asienta sobre su centro de gravedad, y la llama sólo descansa cuando vuela á su elemento, así también el alma sólo goza y se aquieta con Dios, que es el fin para el cual ha sido criada; y tanto más perfecta y dichosa será cuanto más estrechamente se una con su nobilísimo fin por el vínculo de la caridad. Y ¿qué otra cosa hacemos cuando comulgamos sino unirnos á Jesucristo, verdadero hombre? (2): «Eucharistia est Sacramentum Passionis Christi, prout homo perficitur in *unione* ad Christum», que dice Santo Tomas.

Y tal es la unión del alma con su Dios, que nos transformamos en Dios: «Cibus sum gradis; cresce et manducabis me; nec tu me mutabis in te, sicut cibum carnis tuæ; sed tu mutaberis in me», que decía sabia y piadosamente San Agustín (2).

S. Dionisio Areopagita (3) dice: ¿Hiciste alguna vez reflexión cómo el fuego incendia una tabla, una viga, una piedra, un monte, un trozo de barro, y hasta el hierro? Primero calienta, después inflama, más tarde lo convierte

(1) D. Thom. 3 p. q. 14; alias 75, art. 3 in corp.—(2) Thom. in eod. art. ad 3 m.—(3) S. August. Conf. lib. 6, cap. 10.—(4) San Dion. de Caelest. Hierarch.

todo en propia sustancia: allí todo es fuego, no se ve más que fuego; así, pues, obra Jesucristo en la Sta. Eucaristía, pues, primero calienta nuestras **almas** con el calor suave del amor Divino; después, seca las aficiones del pecado y barre y arroja las escamas de las pasiones; más tarde, enciende el espíritu con la llama de la caridad y por último la transforma toda en sí mismo y la hace como otro Dios por amor.

iii Testigos de estos divinos incendios y divinas transformaciones son las Gertrudis, las Claras de Asís, Magdaleñas de Pazzis, las Catalinas de Sena, Teresas de Jesús, los Domingos de Guzmán, Franciscos de Asís, Vicentes Ferrer, Tomases de Aquino, Felipes de Neri, Ignacios de Loyola, Franciscos Javier, Curas de Ars..., Bernadettas... y... mil y mil almas más; todas las almas que se acercan con las divinas disposiciones á ese volcán incandescente del Corazón del Redentor, Cristo-Jesús!!!

De aquí que el angélico Doctor Santo Tomás de Aquino (1) confirme esto cuando dice: «hoc sacramentum confert gratiam spiritualiter *cum virtute* charitatis. Unde Damascenus comparat hoc sacramentum *carboni*, quem Isaías vidit. Carbo enim lignum simplex non est, sed *unitum igni*, ita et panis communionis non simplex panis est, sed unitus divinitati.»

«Sicut Gregorius dicit in Homil. Pentecost.: «Amor Dei non est otiosus: magna enim operatur, si est.»

Et ideo per hoc sacramentum, *quantum est ex sui virtute*, non solum habitus gratiae et virtutis confertur, sed etiam excitatur in *actum*, secundum illud II Corinth V: «Charitas Christi urget nos.»

Et inde est quod *ex virtute hujus Sacramenti* anima spiritualiter reficitur per hoc quod anima spiritualiter delectatur, et quodammodo inebriatur dulcedine bonitatis divinae, secundum illud Canticorum, 5, «Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, charissimi.»

(1) Div. Thom. 3, p. q. 79, art. 1, ad 2^{um}.

S. Juan Crisóstomo afirma que nuestro miserable cuerpo se une con el cuerpo santísimo de Jesucristo de tal manera, que de dos cuerpos resulta uno solo (1).

S. Cirilo de Alejandría escribe (2): Tómese un trozo de cera; aproxímese al fuego para que con su calor se derrita; tómese otro pedazo y derrítase con el mismo calor, y después déjese escurrir una y otra cera á un instrumento receptor y mézclense y confúndanse en un mismo molde. ¿Quién en este caso podrá discernir una cera de la otra? ¿Quién podrá separarlas jamás? Así se mezclan nuestras carnes miserables con las carnes gloriosas del Redentor. De suerte que no nos unimos solamente con Jesucristo en espíritu con los vínculos y ataduras de la caridad, sino que también nos unimos con su mismo cuerpo por una maravillosa participación, según S. Cirilo de Alejandría.

Por esto, sin duda, decía Sta. Teresa de Jesús que hasta el cuerpo encuentra alivio en sus dolores y enfermedades en este tan admirable Sacramento. Consúltese á Sto. Tomás, art. I y respuesta 3.^a de la q. 79, art. I, 3 p. de su Suma de teología, y á Cayetano sobre dicho artículo I.

ARTÍCULO IV

DE LOS EFECTOS DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA

1.^o Sto. Tomás de Aquino dice que produce en el alma los mismos efectos que la comida y bebida corporal en los cuerpos; y así como el alimento físico presta vida, crecimiento y robustez, deleita la vida del cuerpo y prevalece sobre los contrarios, que son la muerte y enfermedades, de la misma manera obra la Santísima Eucaristía en el espíritu de nuestra alma, según aquello de S. Juan: «Caro enim mea, vere est cibus: et sanguis meus, vere est potus (3)

«Et ideo, dice el Angelico (4), omnem effectum, quem

(1) S. Joann. Chrysost. hom. 45, in Joannem.—(2) S. Ciril, lib. 10. Joan, cap. 13.—(3) Joann. VI, v. 56.—(4) Div. Thom. 3, p. q. 79, art. I in medio.